

CAMBIAR EL MUNDO PARA VOS

El humo de los Particulares 30 sobrevuela la reunión y se condensa, como globitos de diálogo de historieta, entre el techo de la pieza y la cabeza de los participantes. Luis Salcedo mira las volutas ascendentes y recuerda momentos en que las palabras ganaban consistencia a medida que se alejaban de quien las había pronunciado. Hoy no es así: con cada nuevo argumento se vuelven más frágiles y obtusas. Entre las críticas a su manejo durante el operativo de pintadas, se asoman las grietas y mezquindades internas que florecen en el Partido de la Izquierda Revolucionaria.

Pero Luis sabe que ha quebrantado el método y repasa los hechos buscando la base ideológica de su error. A las cinco de la mañana ya estaban listas las ocho pintadas con la consigna del mes. El compañero encargado de recogerlos en auto se estaba demorando, y desde la esquina recibieron la señal de milicos en la zona. Estaban a treinta cuadras del local partidario, y además de los tachos con pintura y los palos, tenían que cargar a Pedrito, que había comenzado a temblar parado y terminó en el suelo. Alfredo insistió en confiscar el primer vehículo que pasara, que fue el rastrojero del repartidor de pan. El hombre les rogó que lo dejaran seguir, que él no era un oligarca patronal, que Lanusse era un viejo cabrón... Desde la esquina vino la señal de falsa alarma, y Luis decidió liberar al repartidor, tranquilizar a Pedrito y emprender el regreso a pie. Al llegar al local, Alfredo tiró violentamente los tachos al piso y con una mirada torva le anticipó a Luis su crítica para la reunión de la noche.

Un poster del Che preside la reunión partidaria; su tabique nasal es un brazo terminado en un puño a la altura del entrecejo. Hacia ambos lados, las cejas se forman con la culata y el cañón de un fusil. Luis enciende otro cigarrillo y piensa que su principal error es manejarse como si aún estuviera en un grupo parroquial. El caudaloso río del compromiso cristiano, en la confluencia con el tempestuoso mar de la revolución cubana, habían encallado su bote en una pequeña y alejada orilla del archipiélago marxista. Y al quemar su nave olvidó dejar en ella la milenaria carga de culpa y misticismo que lo acompañaba desde la niñez.

Decidido a preservar el bien del conjunto sobre las posturas individuales, Luis toma la palabra y formula su autocrítica:

~ Bueno, en principio queda claro que me aparté del método, y ante la falta de conciencia de clase del panadero reaccioné con poca claridad revolucionaria. Además, no podemos darnos el lujo de caer en cana siendo tan pocos y sin un solo abogado en la estructura. Eso es todo.

Alfredo pide la palabra, pero Carlos decide poner fin al debate y, apoyado en las muletillas de rigor, expone su recomendación para Luis:

~ La autocrítica del compañero es válida, y queda aceptada. En principio, que el operativo se realizara según lo previsto no es un atenuante al momento de juzgar su error metodológico. De últimas, un cuadro revolucionario no puede modificar, en plena ejecución de un operativo, los pasos acordados durante la planificación, y menos por un prurito pequeño burgués del que ya hablamos hasta el cansancio. En principio, mi asesoramiento es despromover al compañero al rango de militante de base. Además, durante dos meses deberá realizar tres guardias nocturnas en horarios discontinuos...

En lugar de alarmarse ante la perspectiva de sesenta noches durmiendo salteado, Luis escucha con alivio cada reiteración de la palabra "compañero"; no le preocupa el descenso en la pirámide organizativa, sino preservar su pertenencia al grupo humano que va a cambiar la historia. La lista de requisitos para restaurar la confianza de la estructura, seriamente dañada por su actitud individualista, incluye tópicos personales como dejar de fumar durante un mes y vender su colección de discos de los Beatles para socializar el dinero en la organización. Luis toma notas con la meticulosa reverencia de un adepto que registra la fórmula de la piedra filosofal. Aunque piensa que hizo lo correcto con el panadero, no se le ocurre dudar del criterio de Carlos y se siente distinguido al recibir el asesoramiento de un compañero de la Mesa Nacional, que aplica el método organizativo con justeza y rigor, ambos tan necesarios para la coyuntura actual. Mientras las demás organizaciones políticas incorporaban militantes a cuatro manos, en su Partido no reclutaban ni para llenar un taxi. Es cierto que tenían charlas con un operario textil y eso los hacía soñar con un frente sindical propio, pero la discusión sobre la lucha armada y la interminable cantidad de siglas y acontecimientos producidos por los otros grupos dejaban al PIR a la altura de una sociedad de fomento.

~ Bueno, pasemos a la evaluación del plan financiero de marzo...

Dice Carlos, y un arrastre de sillas y carraspeos circula por todo el grupo. Radiante, Silvina anuncia que alcanzó el compromiso mensual de venta de periódicos. Omite aclarar que su padre le compró todos los números para que ella no ande por la calle con esos panfletos psicobolches. Alfredo menciona dos recientes incorporaciones periféricas: su hermana y un estudiante de filosofía que descrea de las condiciones de posibilidad de la categoría cuñado. Pedrito ceba mates en silencio porque se gastó en comida el dinero de los periódicos. Y cuando le estaba por tocar el turno en la rendición de cuentas, irrumpe el compañero que monta guardia en la entrada del local.

~ Che, disculpen. Luis: ahí viene un vecino tuyo a avisarte que tu señora está por tener familia. Dice que la llevaron a la salita...

Luis mira a Carlos y sin esperar su aprobación se levanta.

~ Bueno, me tengo que ir.

~ Claro -dice Carlos- después te pasamos el análisis político del mes. Che, ¡mucho suerte!

Antes que el resto se distraiga, Carlos retoma la conducción del grupo.

~ Bueno, ¿en qué estábamos? Ah, el plan financiero...

Luis camina de memoria por las oscuras y fangosas calles de Moreno preguntándose cuál será la posición del Partido frente a la apertura política que se viene. No se puede transar con la dictadura, pero al PIR le cuesta demasiado diferenciarse de los peronchos, y aunque el proletariado es mayoritariamente peronista...

~ ¿Quiere fumar? - ofrece el vecino.

Luis acepta y al encender el cigarrillo recuerda la sanción partidaria. "Bueno, pero no puedo hacerle un desplante al vecino, que es un proletario..." piensa, y decide hacer una excepción. La guardia nocturna en el local, y en horarios discontinuos, es un detalle artístico de las sanciones partidarias: aprendés a entredormir alerta y preparado por si hay que resistir o evacuar. Pero, si encima no podés fumar, se te vuelve interminable.

Le da bronca verse privado del vicio a punto de ser padre, aunque más lo rebela su resistencia burguesa a la disciplina revolucionaria... ¡Ser padre! La idea estalla en su mente fulminando al resto de los pensamientos.

En la entrada de la salita encuentra a su mujer sentada en un banco de madera junto a una vecina que le sostiene una mano y le acaricia la panza.

~ ¡Susi! ¿Cómo estás? -pregunta con la voz quebrada por el susto.

~ Me duele, me duele, me duele... -se queja ella.

La vecina lo tranquiliza:

~ No se preocupe, Luisito, todavía no rompió bolsa...

No entiende nada; lo más cerca que estuvo de un parto fue durante la película "El derecho de nacer", que vio cuatro veces junto a su madre.

~ ¡¿Llegó el padre?! -grita el enfermero desde una pieza al fondo.

~ Vaya, Luisito, que yo me quedo con Susi -ofrece la vecina.

La sala de primeros auxilios funciona a metros de la comisaría, y a Luis no le sorprende encontrar al enfermero de guardia suturando una herida cortante, producto de una riña con cuchillos, ni ver a otro herido recostado en la camilla y custodiado por un cana.

El enfermero, estudiante de segundo año de medicina, tira del hilo que recorre el tajo en la mejilla del paciente, y dice:

~ Mirá: tendríamos que llevar a tu señora al Hospital, pero no llegamos; ya tiene contracciones seguidas cada siete minutos. Lo que pasa es que tengo a estos dos, y el segundo está con mucha hemorragia...

Con un movimiento de ojos el enfermero señala la venda que oscurece rápidamente sobre el vientre del recostado en la camilla.

~ Quito, vos ya asististe un parto ¿no? -pregunta el enfermero al policía.

El agente balbucea un pretexto, y Luis comienza a entender. Enojado, protesta:

~ ¡No me vas a decir que este tipo va a tocar a mi mujer!

~ Macho ¿vos sabés atender un parto? No, ¿no es cierto? Así que preparate para ayudarme con estos dos y vos Quito lavate las manos que yo te voy a guiar desde acá.

El milico corre hacia la cocina y Luis no puede mover los labios ni despegar los pies del suelo. Vacilando entre la impotencia y el pánico, se refugia en una reflexión: tendría que haberle confiado a Susana la profundidad de su compromiso político. Inconscientemente, asocia parto con agonía y su mente se puebla de recuerdos. La noche en que conoció a Susana en el Di Tella, durante la proyección de "La strada". El rechazo de los suegros a que la hija salga con un estudiante de Historia. La búsqueda artística de ella en las vanguardias de la pintura y la escultura.

De repente, el monótono lamento del acuchillado se pierde tras un grito de Susana. Luis amaga a salir corriendo, pero el enfermero lo detiene:

~ ¡Vos quedate ahí que me tenés que ayudar!

Rompe una bolsa de algodón, separa una lonja y la coloca sobre la venda empapada en sangre.

~ Sostené acá, contra el estómago -ordena.

~ ¡Ya se ve la cabecita, se le ven los pelos! -grita el policía desde la otra habitación.

~ ¡Decile que puje...! -indica el enfermero y, ante el silencio del milico, agrega: ¡Que sople, boludo, como si estuviera enfriando la sopa...!

El enfermero termina de coser la mejilla, corta el hilo de la sutura, tira la aguja sobre la mesa, se lava las manos con alcohol y corre para atender el final del parto. Ante cada grito de Susana, Luis oprime el algodón sobre el estómago del herido como si empujara a su hijo para salir. Con un vómito de sangre el acuchillado le dice que ya es suficiente.

~ ¡Sacó la cabecita! -anuncia el milico, aunque ya no está a cargo del alumbramiento.

El del tajo en la mejilla dice:

~ Che, Pancho, disculpame, no quería lastimarte así.

Pancho no puede hablar, pero sacude una mano exculpatoria. El otro sigue:

~ Vos viste: a tu señora se le fue la mano. Mirá que cortarle a mi mujer la soga de la ropa con el piso embarrado...

Pancho tose con un ruido raro, como el silbido de una pelota que se desinfla.

~ Está jodida esa máquina, ¿eh? -diagnostica cara cortada- Che, flaco ¿qué nombre le vas a poner?

~ Si es varón, Miguel Ángel, como Brindisi -dice Luis, recuperando el habla.

~ Entonces va a ser machito - asegura el tipo.

Como un arroyo desbordado tras la tormenta, se escucha una catarata de berridos. Es Miguel Ángel Salcedo anunciando su llegada.

Hipnotizado por el reflejo de la luna en las mejillas de su hijo, Luis busca palabras para envolver lo que siente. Hasta recién todo era dudas, temor, incertidumbre. Pero en el instante en que tuvo a su hijo en brazos, mientras guerreaba contra el miedo a que se le caiga, fue el hombre más poderoso del universo.

Ahora Miguel Ángel duerme entre los pechos de su madre, también dormida. Luis piensa en los chicos del barrio jugando descalzos en invierno, en las madres solteras explotadas en talleres y fábricas, los viejos mendigando calmantes en la salita a las 5 de la mañana, el pibe desnutrido de Biafra que fue tapa de la revista Life. Entre las imágenes se cuele la vieja pregunta: ¿tiene sentido traer un hijo a este mundo?

Mira el reloj: en unos minutos le toca la primera guardia nocturna en el local partidario. Besa a su hijo en la frente y la emoción que le sube por el pecho adquiere la consistencia de antiguas palabras, formando una respuesta.

Resplandeciente como Dios al concebir el Edén para sus criaturas, mira a su hijo y le susurra:

~ Voy a cambiar el mundo para vos.